

Cav/Pag

en Bellas Artes

por José Noé Mercado

Para cerrar su temporada 2011 (descontando un par de funciones del *Requiem* de Verdi que ofrecería días más tarde), la Compañía Nacional de Ópera (CNO) recurrió a la célebre mancuerna de *Cavalleria rusticana* de Pietro Mascagni y *Pagliacci* de Ruggero Leoncavallo, presentando dos elencos alternados en cuatro funciones los pasados 4, 6, 8 y 11 de diciembre, en el Teatro del Palacio de Bellas Artes.

Pese a que la ópera es un género que fusiona tal cantidad de elementos artísticos y por ello suele ser difícil uniformar una valoración en quienes aprecian una obra o un grupo de intérpretes determinados, la presentación de este par títulos generó una impresión coincidente en la crítica especializada respecto de la limitada calidad de la propuesta escénica y en la dificultad para encontrar los valores canoros en los elencos.

En la función del día 6, en *Cavalleria rusticana*, participaron como protagonistas la soprano **Amelia Sierra** en el papel de Santuzza y el tenor **Rodrigo Garciarroyo** en el de Turridu. Ella con una voz fuerte que llegó constantemente a la estridencia como modo de expresión, con fraseos abruptos que sacrificaron la musicalidad en aras de teatralidad e impacto dramático. Él con una voz de técnica no del todo resuelta, que pierde su adecuada impostación y cuya emisión se vuelve por tanto defectuosa, con ataques irregulares y fraseos a los que se le va el foco sonoro. Aunque su voz no es pequeña, esa falta de rigor técnico a veces lo hace inaudible ante la orquesta y al querer escucharse fuerza el volumen de su instrumento dando como resultado un canto empujado y una fatigada vocalidad que mengua incluso la parte histriónica. Ambos, mimetizados y en estruendoso afán por ganar mayor volumen, terminaron la obra. Aunque en rigor, habían acabado con ella desde mucho antes.

El Alfio del barítono **Ricardo López** ofreció un canto más controlado técnicamente, aunque el dramatismo tan demandante de su personaje le exigió llegar a un tipo de expresión vocal para la que su instrumento aún parece muy joven. La que sin duda impuso un canto con sentido y de buenas intenciones artísticas fue la mezzosoprano **Cassandra Zoé Velasco**, reciente ganadora del Concurso Nacional de Canto Carlo Morelli, quien interpretó el rol de Lola, que si bien no es muy grande, en el contexto descrito de los protagonistas, sí permitió demostrar que el buen gusto no se puede ocultar: se tiene y se muestra o, sencillamente, se carece de él.

En *Pagliacci*, los protagónicos estuvieron encomendados a la soprano **Gabriela Herrera** (Nedda-Colombina), al tenor **José Luis Ordóñez** (Canio-Pagliaccio) y al barítono **Genaro Sulvarán** (Tonio-Taddeo). Herrera logró configurar una buena línea de canto

en las partes de mayor lirismo y bordó con facilidad la coloratura de su rol, aunque sufrió en las partes dramáticas porque su voz es demasiado ligera.

Ordóñez se entregó histriónicamente. Hizo un esfuerzo porque su voz se escuchara con lirismo, pese a que no es muy grande. Tuvo el gran mérito de no caer en el grito fácil, aunque la necesidad de colorear el dramatismo y de subirle al volumen en esas partes de gran explosión temperamental de Canio lo llevaron a la disfonía final. La obra la terminó casi sin voz y la habitual belleza de ésta un poco alterada.

Sulvarán parece que ha tomado un segundo aire que le sienta muy bien a su voz y cantó sin problemas técnicos, permitiéndose trabajar más a fondo en la maldad de su personaje, a cada frase, con cada intención mostrada. El barítono **José Adán Pérez** también logró imponer un canto cálido y de buena factura como Silvio, mientras que **Ángel Ruz** como Beppe-Arlecchino salió adelante, sin demasiado qué elogiarle, pero, y eso no es poca cosa para como estuvo la función, sin nada particular qué criticarle dado lo mínimo de su papel.

Si bien la falta de vitalidad orquestal (tiempos lentos, impasibles ante la descarga emocional verista, seniles) de **Niksa Bareza** al frente de la Orquesta del Teatro de Bellas Artes no puede compararse con la gama de colores y matices que **Xavier Ribes** ha ido extrayendo del Coro gracias a un destacable trabajo paulatino que ha realizado con la agrupación a lo largo ya de varios meses, lo verdaderamente decepcionante de esta producción, un par de años antes ya presentada en el Teatro de la Ciudad, fue la puesta en escena de **César Piña**, que contó con escenografía de **Rodrigo Guadarrama** e iluminación de **Kay Pérez**.

Y no tanto por si es o no apenas decorosa en su cantidad de recursos escénicos, sino por su limitada visión artística, por su escaso nivel de concepción creadora ante un recinto que debería mostrar lo más notable del arte nacional e internacional. De un trazo escénico poco trabajado en los cantantes, puede pasarse a columnas móviles y, al cabo, levitantes; de proyecciones incompletas y por tanto incomprensibles sobre cortinas, a escenas cobijadas por una kitscheante iluminación color mamey; de una procesión que rompe la cuarta pared a estorbosos figurantes y marioneteros; de esos y otros aspectos puede ahondarse al elaborar una crítica apenas superficial, pero no tiene mucho sentido. Porque lo cierto es que semejante producción ni siquiera aguanta la profundidad de una mirada que cuestiona. Que para más remate, en este caso, no fue sólo una. ●

